

17. Pasemos ahora á la segunda parte de este discurso, y contemplemos á María rodeada de un resplandor de gloria que sobrepuja infinitamente sus pasadas humillaciones.

Segunda reflexion: María ha sido grande despues de su muerte, por una sobreabundancia de gloria casi infinita, que ha derramado un brillo inmortal sobre sus mismas humillaciones.

18. No hay cosa que mas asombro y admiracion me cause, que el ver á unos hombres cuyo talento no parece vulgar ni menguado, y que no obstante rehusan creer que el Redentor del linaje humano y su santa Madre hayan podido vivir en la tierra, en la abyeccion y en los oprobios: como si esto fuese incompatible con la divinidad del uno y la augusta prerogativa de la otra. Preciso es que estos hombres sumergidos en los sentidos y deslumbrados por el vano espectáculo de un mundo transitorio, sean incapaces de comprender que una vida que con tanta rapidez se desliza, es nada; que el espacio mismo de los siglos y toda la duracion del tiempo no es mas que un punto imperceptible en el vasto abismo de la eternidad; que las obras de Dios se bosquejan y preparan en el siglo presente para recibir su forma y perfeccion en un mundo por venir; que unas humillaciones pasajeras, que se cambian en una gloria eterna, léjos de envilecer la virtud la dan un nuevo brillo, y que esta sale mas resplandeciente del seno de la oscuridad y de las ignominias, bien así como la luz brotara un dia pura y deslumbrante de en medio de la noche y del caos.

19. Veamos, pues, los tres grados de abatimiento de María reemplazados por un triple grado de elevacion y de gloria.

20. En primer lugar, contemplemos cómo se rasgan los sombríos velos que ocultaban toda su beldad y todos los tesoros de la gracia que en ella estaban depositados. ¡Cuán grandes son y cuán inefables las cosas que voy á describir! ¿En dónde podré hallar expresiones dignas de objeto tan elevado? Venid en mi auxilio ¡oh Espíritu divino, autor de estas maravillas! hablad Vos mismo por mi boca, ó dadme la inteligencia de los divinos libros en donde encerrados se hallan vuestros oráculos, á fin que pueda yo descubrir entre tantas figuras diversas los rasgos brillantísimos con que Vos pintásteis el futuro triunfo de vuestra Esposa.

21. ¿Será preciso que María haya de morir? ¿Lleva en su seno el germen de la mortalidad aquella que nació exenta del pecado y

de la concupiscencia que nos hace mortales? ¡Ah! ¿Cómo pudiera ella rehusar la muerte, habiendo muerto su Hijo querido, el Hijo de Dios vivo? El Hijo y la Madre ambos han sido arrancados de la vida por una causa extraordinaria. Jesús espira por una orden de su voluntad soberana y omnipotente; María por un efecto de su amor: Jesús se sacrifica porque no quiere que se pierda el linaje humano; María se consume porque la es imposible vivir ausente de aquel á quien únicamente amaba. Desde que le ha visto desaparecer de la tierra, su corazon desfallece: el ardor de sus deseos es un fuego que la devora, ella es la que exclama por boca del Profeta: *Amore langueo.* (Cant. II, 5). Nada menos que un milagro constante es necesario para retenerla en los lazos del cuerpo despues del sacrificio del Calvario. Á todas las criaturas pregunta por su amado; á todas toma por testigos de sus ardientes suspiros, y á todas conjura que le hagan saber que la es imposible sufrir el tormento que causa á su corazon la incurable herida que en él abriera su ausencia: *Adjuro vos, si inveneritis dilectum meum, ut nunciatis ei.* (Ibid. IV, 8). El amado de María déjase en fin vencer de sus lágrimas: la llama á su vez, y la dice: Sal ya de tu prision, ¡oh Esposa mia muy querida! Remonta libremente tu vuelo ¡oh castísima paloma! *Surge, amica mea, speciosa mea, et veni.* (Ibid. II, 13). Cesa de gemir: pasó ya para tí la triste y cruda estacion de esta vida mortal: el invierno no existe; finalizáronse para siempre las tempestades y los dolores: *Jam hiems transit, imber abiit et recessit.* (Ibid. II, 11). Una primavera eterna va á comenzar para tí; ven á disfrutar de ella y á recibir los abrazos de tu Dios: *Veni in hortum meum, soror mea sponsa.* (Ibid. V, 1). Á estas palabras redoblan su actividad las llamas de que se mira abrasada: su alma santa, semejante á un perfume exquisito, á un incienso odorífero que se derrite en un brasero ardiente, líquídase toda entera, y se eleva hasta el cielo á manera de vapor oloroso: *Sicut virgula fumi ex aromatibus myrrhae et thuris.* (Ibid. III, 6).

22. Sin embargo, el cuerpo de María permanece inanimado sobre la tierra. Inanimado, sí, hermanos míos, mas no sujeto á la corrupcion como los nuestros. ¡Eh! La antigua arca de los hebreos fue incorruptible; ¿y no lo seria la arca venerable de la nueva y eterna alianza? Fue preservado de la podredumbre y de los gusanos un madero que encerraba las tablas de la ley y el maná del desierto; ¿y habia de ser entregado á ellos aquel cuerpo que concibió y llevó en su seno al Hombre-Dios? ¿Seria destruido y conver-

tido en ceniza aquel templo vivo en donde nueve meses habitara el Verbo divino? ¿Seria desfigurada y marchita por las horrorosas consecuencias de la muerte aquella carne virginal identificada con la de Jesucristo? No, carísimos oyentes, no es posible. Los restos preciosos de María descenderán al sepulcro, porque tambien descendieron los de su Hijo santísimo: mas léjos de ser abandonados para siempre á la oscuridad de la tumba, le serán únicamente confiados como un precioso depósito. Bien presto se reanimarán, y triunfarán completamente de la muerte, por la virtud de aquel que primero la venciera resucitando glorioso. Su Madre resucitará la primera despues de él. Esta gracia que los demás escogidos deben esperar hasta el fin de los siglos, será adelantada en virtud de una excepcion única al par que justa en favor de la mas santa de todas las criaturas.

23. ¿Y en qué estado sale María del sepulcro? ¿Qué juventud tan nueva y floreciente! ¡qué resplandor de gracia y de beldad! Yo la veo cambiarse y transfigurarse en la semejanza de aquél que se dignó hacerse semejante á ella revistiéndose en su seno de la naturaleza humana. ¿Á dónde buscaré yo expresiones é imágenes para pintar lo que ningun hombre vió, ni entendimiento alguno es capaz de imaginar? ¡Ah! Bella sin duda y encantadora en extremo se ostentó la primera Eva en el momento de salir de las manos del Criador, pura, adornada de todos los atractivos de la inocencia, revestida de la majestad que convenia á la reina de la naturaleza, y llevando impreso en su frente el carácter augusto de la semejanza divina. ¡Cuánto mas bella, empero, se presentó la segunda Eva, cuando victoriosa del infierno, y hollando á sus piés la antigua serpiente que sedujera á la Madre comun del linaje humano, iba á tomar posesion de su reino en cualidad de Reina del cielo! ¡Qué espectáculo se ofreció entonces, no á los habitantes de la tierra indignos de presenciarle, sino á todas las tropas inmortales de la celestial milicia! No habian presenciado cosa tan admirable como la Asuncion de María desde la Ascension de su divino Hijo. Hablo segun las sagradas Escrituras interpretadas por los santos Padres. Ved como las legiones celestiales se ponen en movimiento, se precipitan delante de ella, contemplan con un asombro mezclado de amor aquella beldad que las sobrepuja, y aquel resplandor que las deslumbra, y mutuamente se preguntan: ¿Quién es esta incomparable criatura que viniendo de tan lejanos climas, se eleva hácia nosotros con vuelo majestuoso, apoyada en el brazo de su amado, y derramando por

doquiera olorosos perfumes? *Quæ est ista quæ ascendit de deserto deliciis affluens, innixa super dilectum suum?* (Cant. VIII, 5). Pero, ¿qué es lo que en ella hallais ¡oh Ángeles de Dios! capaz de sorprenderos, acostumbrados como estais á los espectáculos del cielo? Esa á quien admirais ¿sobrepuja acaso en esplendor á esa antorcha luminosa que durante la noche reina en el firmamento en ausencia del astro presidente del dia? ¡Ah! respondeis, la luna no es mas que el escabel de sus piés: *Luna sub pedibus ejus.* (Apoc. XII, 1). ¿Es mas deslumbradora que todos esos grandes cuerpos luminosos, mas que esas magníficas estrellas con que la mano del Omnipotente adornó la bóveda de los cielos? ¡Ah! doce de las mas bellas y escogidas rodean su cabeza, y forman una corona apenas digna de tan peregrina beldad. *Et in capite ejus corona stellarum duodecim.* (Ibid.). ¿Es, en fin, mas escogida y brillante que el mismo sol? ¿Y cómo no lo seria, cuando este gigantesco luminar que todo lo ofusca no es mas que su vestidura, y el ropaje con que se cubre? *Mulier amicta sole.* (Ibid.). ¡Oh hermanos míos! Si tales son sus adornos, ¿qué pensaremos de su persona? ¿qué diremos de aquel semblante casi divino; de aquellos ojos á quienes nada hay comparable en el universo; de aquella frente augusta, á cuyo lado apareceria sombrío el mas bello cielo? ¿Qué de aquella alma, imagen pura, y, despues de la de Jesucristo, retrato el mas fiel de Dios mismo, en donde como en un espejo reflejan la santidad del Padre, la sabiduria del Verbo, y la caridad del Espíritu de amor, y por efecto de lo cual viene á ser su perfeccion y su belleza la misma en cierto modo que las de la adorable Trinidad? Pues en este esplendor es en donde desaparecen y se confunden todas las humillaciones de su vida, bien así como los mas leves nublados se disipan y desvanecen ante los ardientes y deslumbradores rayos del mediodía.

24. Hé aquí el primer grado de la gloria de María: toda su oscuridad sustituida por el brillo de su triunfo, y la indiferencia de los hombres vengada por la admiracion de los Ángeles.

25. Subamos mas arriba. Las ignominias de su Hijo formaron el segundo grado de su abatimiento: la exaltacion de este mismo Hijo constituye el segundo grado de su gloria. Pero ¿dónde voy yo á abismarme, hermanos míos? No bien he salido de un océano de maravillas, y voy de nuevo á sumergirme en otro mas vasto aun y de todo punto mas profundo. Voy á hablar del poder y de la majestad del Hijo del Hombre en su reino inmortal. ¡Qué majestad! ¡qué grandeza tan inefable! «Porque se humilló, dice san Pablo,

«hasta morir en la cruz, hale ensalzado Dios y le ha dado un nombre que es sobre todo nombre, á fin que al nombre de Jesús toda rodilla se doble en el cielo, en la tierra y en los abismos.» María al entrar en la celestial Sion todo lo ve postrado en presencia de aquel á quien ella llevara en su seno: los veinte y cuatro ancianos que representan toda la Iglesia de los predestinados, arrojando á sus piés las coronas, y todos los coros angélicos manifestando con mil signos misteriosos su mas profunda adoracion. Escucha las alabanzas que sin interrupcion se le prodigan dia y noche, cuyo eco resuena en todo el ámbito de las bóvedas eternas, y cuyos armoniosos conciertos se asemejan al ruido de las impetuosas corrientes de muchos rios, ó al de las hinchadas olas de un mar agitado: *Audi vi vocem de celo, tanquam vocem aquarum multarum.* (Apoc. XIV, 2). En cuanto á él, sentado en lo mas elevado de los cielos sobre un trono que sin cesar despide deslumbrantes relámpagos, habita con su Padre en el seno de una luz inaccesible. Desde allí da sus leyes al universo; regla con su voluntad soberana todo cuanto los ciegos mortales atribuyen á la fatalidad, al hado, á las combinaciones de los políticos, á la ambicion de los conquistadores, ó á los caprichos de los señores de la tierra; búrlase de los proyectos y de las esperanzas de sus enemigos; cambia los obstáculos en medios; hace servir la mentira al triunfo de la verdad; las pasiones y los crímenes al de la virtud; los excesos de la impiedad á la firmeza de la Religion; y desarrolla, á través de los grandes movimientos y de las continuas vicisitudes de las cosas humanas, el órden invariable de sus eternos é infalibles designios. Á su lado está su Madre, no ya como al pié de la cruz rodeada de la sombría noche de las humillaciones y de los dolores de su Hijo, sino confundida en los rayos de su misma gloria; no cual Madre desconsolada, sino como Reina bienaventurada, participando de su poder y de los homenajes que se le rinden: *Astitit Regina à dextris tuis.* (Psalm. XLIV, 10). ¡Oh Dios mio! dignaos elevar nuestros pensamientos de sobre este cieno de la tierra en donde se arrastran, y enseñadnos á contemplar frecuentemente los grandes objetos de la eternidad, á fin que no tengamos la desgracia de sacrificar á viles intereses del momento, á placeres profanos que nos manchan, á un honor falso que nos engaña y envilece, los verdaderos bienes, las delicias puras, y la gloria sólida y positiva para que hemos sido criados.

26. Lo que pone colmo á las grandezas de María, y constituye, en fin, su último grado, es que no solamente es glorificada con Je-

sucristo, sino que lo es tambien por él mismo. Hed aquí la indemnizacion de aquellas aparentes sequedades que tan punzadores pesares la causaron durante su vida. Ahora la da el nombre de Madre, y todos los derechos y honores que le están vinculados. En este concepto la ensalza incomparablemente mas que todos los Santos, mas que todas las jerarquías celestiales. Quiere que todos la reconozcan por Reina, y que como á tal la obedezcan; establécela medianera de los hombres para con él, así como él es el mediador para con su Padre, protectora de la Iglesia, árbitra de los reinos y de los imperios, y prométela no rehusar jamás cosa alguna á sus plegarias. De aquí ese culto tan antiguo, tan solemne y universal que la tributa sin cesar la Iglesia católica bajo este augusto título de Madre de Dios; culto que si bien es inferior al que únicamente es propio del supremo Ser, es empero superior á todos los demás. ¡Y cuán maravillosos efectos han experimentado de su poderosa intercesion cuantos en ella han depositado su confianza y la han invocado en sus necesidades! ¡Cuántas veces ha suavizado la suerte adversa de los desgraciados! ¡Cuántas ha despedazado los hierros que aprisionaban á los cautivos! ¡cuántas ha salvado del naufragio á los que perecian entre las olas! ¡cuántas ha hecho tornar á los rectos senderos del deber, y arrancado de los caminos del error y de entre las sombras de la muerte á los que la herejía y la impiedad habian seducido! ¡cuántas ha hecho volver en sí mismos á corazones jóvenes arrastrados por una pasion violenta hácia la sima de la perdicion! ¡cuántas ha convertido pecadores endurecidos cuya conversion parecia desesperada! ¡cuántas, por último, ha colmado de los mas extraordinarios favores del cielo á almas piadosas y fervientes que la habian consagrado un respeto y un amor filial! Léase lo que los Bernardos, los Franciscos de Asis, los Buenaventuras y las Teresas han referido acerca de los prodigios obrados, de las victorias conseguidas sobre el infierno, con sola la invocacion del nombre de María. ¿Qué príncipe, qué nacion, qué familia real se puso en vano bajo su proteccion? Muchos discursos no bastarian para referir, no digo ya los hechos aislados y oscuros, pero ni aun los prodigios luminosos y públicos que en el transcurso de los siglos han tenido por testigo á todo el universo. No seré yo quien intente detallarlos; ni aun hablaré de aquella famosa batalla de Lepanto, en donde los inmensos ejércitos del arrogante Musulman, marchando con orgullosa seguridad á emprender nuevas conquistas, hinchados con tantos sucesos prósperos, y cual torrente desbordado que ha

roto sus diques, no faltándoles mas que una barrera por abatir para inundar la Europa entera, fueron súbitamente detenidos, destrozados y puestos en vergonzosa fuga por un enemigo débil á quien muchas veces despreciaran y vencieran; en donde toda la cristiandad fue salvada del mayor de los peligros, y abatidas se vieron para siempre las esperanzas y desbaratados los proyectos de los infieles, en virtud de una intervencion tan manifiesta de la Madre de Dios, que la gloria de este triunfo la fue universalmente atribuida, y en su consecuencia instituida por el papa Pio V, la festividad de Nuestra Señora de la Victoria que hoy dia se celebra en todo el mundo católico.

27. ¿Habré, empero, de callar acerca de los milagros de nuestros dias? ¿No diré nada de una cosa tan propia para mover todo corazon y reanimar la fe de todos los cristianos? A pesar de la desgraciada incredulidad del siglo en que vivimos, ¿quién habrá que á vista de unos acontecimientos tan inesperados y contrarios á toda prevision humana que han sacado del fondo del abismo á una generacion entera, de un encadenamiento de catástrofes increíbles que han destruido en tan pocos meses la potencia mas formidable que jamás se conociera, etc., etc.?

28. Hé aquí ¡oh Reina del cielo! como las naciones que locamente se lanzan en el tormentoso mar de las revoluciones, y, arrastradas por un ardor inquieto, van á buscar una felicidad quimérica en medio de las olas y tempestades: *Qui descendunt mare in navibus, facientes operationem in aquis multis* (Psalm. CVI, 23), no siempre son abandonadas sin recurso á su propia temeridad; sino que, dignándoos Vos de ser su protectora, experimentan los efectos de la misericordia del Señor, y ven brillar en su favor las maravillas de su poder, aun en medio de los abismos en que se precipitaran: *Ipsi viderunt opera Domini, et mirabilia ejus in profundo*. (Ibid. 24). Despues que ese gran Dios las ha dejado abandonadas por algun tiempo en medio de las mas terribles y violentas agitaciones, y ha permitido que, ora hinchadas de orgullo por sus sucesos prósperos se creyesen elevadas hasta las nubes, ora abatidas por los reveses pareciesen sumergirse en el fondo de la nada: *Ascendunt usque ad celos, et descendunt usque ad abyssos* (ibid. 26); despues que en su licenciosa embriaguez no pudieron distinguir ya su camino, ni marchar con paso firme, ni aun conservar una sola chispa de razon y de prudencia: *Turbati sunt, et moti sunt sicut ebrius, et omnis sapientia eorum devorata est* (ibid. 27); si en medio de tantos males, ellos se

acuerdan de Dios á quien abandonaran, é imploran su clemencia por vuestra mediacion, Dios escucha en seguida vuestras plegarias, y les tiende una mano benéfica en el instante en que iban á perecer sin recurso: *Et clamaverunt ad Dominum, cum tribularentur, et de necessitatibus eorum deduxit eos*. (Ibid. 28). Entonces al viento impetuoso de la tempestad sucede súbitamente una brisa suave y delectable; al ruido de las enfurecidas olas, la calma y el silencio de las aguas: *Et statuit procellam ejus in auram, et siluerunt fluctus ejus* (ibid. 29); la alegría y el reconocimiento ocupan el lugar del dolor y de la desesperacion; y el bajel del Estado, salvado del mas desastroso naufragio, entra en un puerto seguro en medio de las aclamaciones y de los acentos del mas puro gozo: *Et letati sunt quia siluerunt, et deduxit eos in portum voluntatis eorum*.

29. Plegue al cielo ¡oh Virgen santa! que poniendo nuestra confianza en vuestra intercesion poderosa, podamos llegar un dia al puerto de la salvacion eterna. Así sea.

ASUNTOS

PARA LA ASUNCION DE NUESTRA SEÑORA.

1.º La gloria y poder de María en el cielo forman el objeto del presente misterio. Así, se puede considerar: 1.º cuál sea la elevacion de su trono; 2.º cuál la influencia de una tal elevacion á favor nuestro. — María es elevada sobre toda la corte celestial y hasta la diestra de su divino Hijo. — María desde lo alto de tan sublime trono dirige, protege y colma de gracia á sus verdaderos devotos.

2.º *Gloriam præcessit humilitas*. (Prov. v). La gloria de los hombres, aun mas célebres, fue de ordinario maleada por la soberbia. Solo al despuntar la luz evangélica conoció la tierra que la humildad es la escalera del cielo. María fue la primera que enseñó con el ejemplo en grado eminente esta verdad; y el triunfo de su humildad fue solemnizado en su Asuncion. Mas, como quiera que este triunfo fue precedido de otro que reportó en esta tierra, se demuestra: 1.º el triunfo de María en su humildad; 2.º su triunfo en la gloria. — Sentada la necesidad y mérito de la humildad, y deplorada la vileza y tiranía de la soberbia, se manifiesta como María, aterrando á esta, erige aquella sobre sus escombros con ejer-